
EN LA APERTURA DE LAS JORNADAS

ÁNGEL AROCA LARA

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

La Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, es una Institución ya casi bicentenaria, pues nació en 1810, que ahora, a la “vejez”, se siente más joven y viajera que nunca y le ha cogido el gusto a esto de venir a los pueblos para proyectar sobre ellos su acrisolado magisterio y, de paso, aprender de la espontaneidad de éstos, de su fuerza, de su verdad, de la virtualidad de su pasado en su presente, de su profundo respeto por las tradiciones...

El otoño pasado estuvimos en Iznájar, blanca de nácar, de cal, de caracola...; y poco antes, en Hinojosa del Duque, a la sombra de la catedral de la Sierra; y antes, en Espejo, derramado, como derretido sobre la alfombra ocrosa de su Campiña; Fuimos también a Rute, castillo fuerte y alambique de cobre, mantecados y anís, Pascua perpetua, cal y aceite; y a Zuheros... Y no saben ustedes, señoras y señores, lo bien que le han sentado a la Academia todas estas salidas.

Nuestra Institución, recluida en su sede de Ambrosio de Morales, volcada sobre sí, tejiendo y destejiendo sus esencias, se estaba ya muriendo de vieja y de sabia. Necesitaba salir a respirar el aire fresco de los pueblos, a impregnarse de su autenticidad, a reconocer la grandeza de su modestia.

Hoy, por el contrario, la Real Academia de Córdoba goza de una vitalidad y muestra un dinamismo que son inusuales entre las corporaciones de su clase y mantiene unas magníficas relaciones con las instituciones cordobesas, autonómicas y nacionales, la reciente cesión que nos ha hecho el Ayuntamiento de Córdoba del edificio en que tenemos nuestra sede y la visita, a lo largo del presente curso académico, de las Consejeras de Gobernación y Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía y de la Presidenta y el Secretario del Instituto de España, son testimonio del general reconocimiento a la labor que viene desarrollando la Academia, como lo es, así mismo, el que el Instituto de Academias de Andalucía le haya confiado la organización del VII Congreso de Academias de Andalucía, que hace apenas un mes tuvo lugar en Córdoba.

No sé si el momento esplendoroso –no tengo pudor en calificarlo así, porque

el merito apenas si me alcanza— que vive la Real Academia de Córdoba se debe sólo a sus salidas a los pueblos; seguramente no, pero no me cabe duda de que éstas contribuyen al mejor conocimiento de la misma y le ofrecen un campo más amplio de proyección, al tiempo que estimulan la labor de los señores académicos y propician su acercamiento a la Provincia en un clima especialmente grato. Suponen estos contactos, en definitiva, un cambio de hábitos hacia una relación mucho más directa y enriquecedora, una manera más acorde con los tiempos de cumplir nuestro objetivo estatutario de “estimular la difusión pública de toda clase de conocimientos y actividades científicas, históricas, literarias y artísticas”.

Es normal que, por otra parte, la satisfacción de saber que estamos haciendo las cosas como deben hacerse, nos anime a esforzarnos en nuestro trabajo y que todo ello nos reporte, por añadidura, la aludida situación de bonanza y general reconocimiento, tan importante para quienes no buscamos otra recompensa que el alto honor de servir a los cordobeses en al campo de la Cultura.

Animados de este espíritu venimos hoy a Fuente Obejuna, a esta villa legendaria del norte que, en esta mañana esplendorosa de junio, nos ha saludado desde lejos con la sonrisa franca de su campo, a mitad de camino entre la austeridad de la Extremadura y el reverbero de Andalucía, y nos ha permitido luego encaramarnos por el empedrado de sus calles maestras, para darnos finalmente la bienvenida —todos los suyos a una— en su corazón, en esta plaza donde todo se resolvió alrededor de la torre y la escalinata:

“Os hablo estremecido de un Sur de furia y sangre;
de un retablo humano que se agita y que tiembla;
de un ciclón justiciero que enardece los pulsos,
y llega hasta los huesos de los hombres de Iberia”

Y nos hemos sobrecogido momentaneamente recordando el drama de Lope, pero ahora sólo el sosiego se enseñoera en la villa. Que ya lo ha dicho Pedro Tebar: “Si un día aquí el alboroto y los gritos de sangre y de justicia, hoy el susurro, la calma y el silencio. Si un día aquí la locura, hoy la blancura de la cal y el equilibrio de las viejas ermitas. Si aquí un día la conspiración y la intriga, hoy la transparencia de este espacio y de este aire abiertos a todos los caminos y a todos los viajeros”.

Efectivamente, siempre te he visto así, Fuente Obejuna, abierta de par en par, franca en extremo. Y recuerdo aquel día en que vine a mirar más de cerca tus imágenes y me brindaste a uno de tus hijos más jóvenes para que orientara mis pasos y me abriera las puertas de tus templos. El tiempo en connivencia con mi mala memoria ha borrado su nombre de mi mente, pero en mi corazón palpita aún la gratitud rendida hacia aquel estudiante de C.O.U., amante de su pueblo como pocos y especialmente concienciado de la necesidad de preservar al patrimonio mellariense.

El me condujo por tus calles: Maestra; Umbría; Barlucero; Tejera, Coropela, Oscura, Rosario, Valverde, Córdoba, San Francisco, Rocha, Fuente Nueva.... El me llevó desde el gótico austero y varonil de Nuestra Señora del Castillo al refinado delirio rococó del camarín franciscano, pasando por el mudejar serrano

de las ermitas da Nuestra Señora de Gracia –todos tus soldados implorando la protección de la Patrona– y Jesús Nazareno. Me mostró la Casa Cardona, la de los marqueses de Valdeloro, la de Escobar del Rey... Me habló del redoble fúnebre del tambor rompiendo el silencio de la noche del Viernes Santo, del perol de San Marcos bajo el manto da la Virgen de Gracia, de la subasta del “nabo” de San Sebastián, de las migas de Todos los Santos, del “matiné” de San Miguel, de las hachas de gamones alumbrando la Nochebuena, que el Sol nace con Cristo o Cristo con el Sol –que tanto monta– cuando llega al solsticio del invierno.

Fuimos luego a Ojuelos Bajos, La Coronada, Argallón, Cuenca, Posadilla... Y –no recuerdo dónde– tomé unos “obispos”, que cardenales de la curia vaticana se me antojaron. Y regresé a Córdoba, Fuente Obejuna, ganado ya para tu causa, rendido para siempre a la hospitalidad de tu gente.

Hoy vuelvo a tí con mis compañeros de la Academia para conocerte un poco más y hablarles a los tuyos de tu arte, tu historia, tu heráldica, tu geología, tus tradiciones... Y lo hago de la mano de tu Cronista, Manuel Gahete Jurado, quien, con su fina sensibilidad de poeta y el amor profundo que te profesa, habrá de descubrirnos –estoy seguro– tus atractivos más recónditos.

Con tal introductor, siendo nuestro anfitrión tu Ayuntamiento y rodeados, como ya lo estamos, del calor de los mellarienses –todos a una– no me cabe duda de que mañana, cuando desandemos el camino, aquel que de nosotros aún no lo fuera, habrá ingresado ya en la nutrida cofradía de tus devotos.